

Chile, 1973: una lucha de clases

De toda la ya amplia filmografía a que ha dado lugar el proceso chileno de 1970-73, es sin duda "La batalla de Chile" la obra cinematográfica que de una manera más directa, testimonial y detallada muestra las características de la experiencia brutalmente ahogada por el fascismo. Crónica de unos hechos que cuando fueron filmados no conocían todavía su desenlace, de una realidad que en esos momentos podía decantarse hacia muy distintos caminos, la película de Patricio Guzmán es hoy un documento imprescindible para conocer en profundidad qué es lo que sucedió hace cuatro años en tierras chilenas (1).

Y lo que sucedió —viene a decirnos el film— es la agudización de un proceso de lucha de clases donde la burguesía, ante el fracaso de sucesivas tentativas, acaba recurriendo al golpe de Estado como única forma de detener el camino hacia el socialismo emprendido por los trabajadores. El máximo valor de "La batalla de Chile" radica, pues, en su valía como resumen de una situación, en su carácter casi ejemplar de qué modo y manera actúa el fascismo en la defensa de unos intereses de clase y de un imperialismo colonizador. En este sentido, cabría hablar perfectamente de "film didáctico", pero "didactismo" en la mejor acepción de la palabra: aquello que extrae consecuencias y conclusiones de una realidad mediante su disección y análisis.

Dentro de "La batalla de Chile", tal análisis tiene como soporte la ordenación concreta del material filmado. Cara a los miles de metros impresionados por el equipo dirigido por Guzmán y desde la perspectiva de quien ya sabe la conclusión de los hechos, el realizador aplica a dicho material un esquema de ordenación dialéctica. Si —como hemos mencionado— la realidad se nos presenta como un abierto enfrentamiento de clases, será este enfoque dialéctico, de oposición de contrarios, marxista ideológicamente, el que mejor pueda ayudar a defi-

nir el alcance del proceso. Pero, con la finalidad de romper desde un principio con cualquier esquematismo que un punto de vista unívoco podría propiciar, Guzmán lo enriquece a través de otros métodos complementarios de ordenación, que afectan a los temas tratados, su sucesión cronológica, el carácter contradictorio que en ocasiones poseen los sucesos o su prolongación a lo largo del tiempo. Y ello sin olvidar nunca la continua interrelación de todos y cada uno de los acontecimientos mostrados, así como el principio de causa-efecto que motiva muchos de ellos.

Me parece muy importante resaltar esto (2) en cuanto que uno de los máximos valores de

"La batalla de Chile" es el de hacer fácil lo difícil, claro lo complejo, profundo lo aparentemente superficial. Frente a una simple concatenación de secuencias que mostrasen cada una por su lado los hechos, Guzmán ejerce sobre ellas un fuerte control previo nacido del análisis de la totalidad. Pero eso, afortunadamente, apenas "se nota", no trasciende cara al espectador como un agobian-

(2) Como hace el propio Patricio Guzmán en los dos libros que acaban de aparecer sobre su película: "La batalla de Chile. La lucha de un pueblo sin armas" (conteniendo el guión del film, con prólogos de Marta Harnecker y Julio García Espinosa, editado en Libros Hiperión), y "Chile: El cine contra el fascismo", colaborando en este caso Pedro Sempere con el cineasta chileno (Fernando Torres Editor).

La semana de cine cubano

Madrid, Barcelona y Valencia han sido escenario durante los pasados días de la primera Semana de cine cubano que se celebra en España. A nivel cultural y político, el hecho tiene una indudable importancia: salvo en festivales, cine-clubs y el reciente estreno en Barcelona de "La primera carga al machete", la cinematografía cubana era perfectamente desconocida para nuestros espectadores, privados de este contacto por causas censurales y de distribución. Lo que, teniendo en cuenta que Cuba se sitúa casi desde la revolución castrista a la cabeza del cine latinoamericano, entrañaba uno de los muchos vacíos culturales que el público español se ve ahora obligado a llenar velozmente. No es que esta Semana modifique por sí misma tal carencia cultural, pero significa cuando menos el inicio de un camino que ha de ser recorrido mediante una exhibición normalizada de los films cubanos.

Junto a diversos cortos y una sesión dedicada a mostrar el importante trabajo documental de Santiago Alvarez, verdadero maestro en esta especialidad, seis largometrajes han compuesto el grueso de la Semana: "Los días del agua", de Manuel Octavio Gómez (1971); "El hombre de Malsinicú", de Manuel Pérez (1973); "De cierta manera", de Sara Gómez (1974); "Cantata de Chile", de Humberto Solás (1975); "La última cena", de Tomás Gutiérrez Alea (1976); y "Ranchoador", de Sergio Giral (1976). Según los dos realizadores —Manuel Pérez y Gutiérrez Alea— incluidos en la delegación cubana venida a España, el criterio de selección ha estado determinado por la idea de elegir diversas tendencias representativas del cine cubano actual (al que triunfo, número 734, dedicó ya un artículo). Un cine que está produciendo 8 ó 9 largometrajes, 40 ó 45 cortos y de 12 a 15 dibujos animados al año, y que —de acuerdo con los cineastas mencionados— se halla enfrentado a una doble batalla: la de aumentar la cantidad sin merma de la calidad, y la de mostrarse capaz de recoger los procesos sociales que se originan durante la construcción del socialismo.

De las seis películas citadas, han sido, a nuestro juicio, "De cierta manera", "El hombre de Malsinicú" y "La última cena" aquellas que han ofrecido mayor interés. Esta última, por recrear muy elaboradamente un episodio de la revuelta esclavista donde se configuran algunos de los trazos de posteriores revoluciones. Las dos primeras, por su reflejo de una temática contemporánea —todavía poco presente en las obras cubanas de ficción— donde lo documental se entremezcla o sirve de base para una trama de amplia significación. Si consideramos que precisamente estos dos films han sido los más taquilleros de la historia del cine cubano, cabe deducir lo que más profundamente interesa a sus espectadores de origen. ■ F. L.



"El hombre de Malsinicú", de Manuel Pérez (1973).

te aparato teórico. Todo lo contrario. "La batalla de Chile" se contempla como un apasionante reportaje, como un vivo testimonio inmediato, sobre una realidad plena de connotaciones. Igual que sucede en todas las grandes obras, el método mediante el cual ha sido concebida no "atravesará" la pantalla, no se convierte en protagonista invasor de lo que en ella sucede. Queda, por el contrario, en su verdadero papel de sustento teórico, estructural, de las imágenes seleccionadas por el realizador. Con lo que el público siente dichas imágenes como algo informativo y espontáneo ante lo que puede ejercer su voluntad de conocimiento, sin ser obstaculizado por ningún muro conceptual.

En su recorrido por la realidad chilena entre marzo y septiembre de 1973 (período temporal que abarca el film, con las elecciones legislativas y el "putsch" militar como términos limitativos), "La batalla de Chile" se subdivide en dos películas complementarias de hora y media cada una: "La insurrección de la burguesía" y "El golpe de Estado", hallándose pendiente de finalización una tercera que se referirá al funcionamiento de las organizaciones populares creadas durante la etapa presidida por Salvador Allende. Aun cuando esa primera subdivisión responda más a cuestiones de trabajo y de difusión que a cualquier tipo de ruptura —de hecho, la segunda parte es continuación cronológica de la primera—, sí existen ciertas diferencias entre ambos films. El primero se halla esencialmente dedicado a mostrar las estrategias mediante las cuales la burguesía intenta parar, a partir de su fracaso en las elecciones de marzo, la vía hacia el socialismo: bloqueo parlamentario, acaparamiento de víveres, huelgas gremiales, desórdenes en las calles... Mientras que el segundo contempla cómo —anuladas esas estrategias y otras similares de meses después— la burguesía y el imperialismo se deciden por la solución fascista del golpe de Estado, sin ocultar al mismo tiempo que en el seno de las organizaciones de izquierda se plantean alternativas contrarias que impiden un frente unido y sin fisuras. Con lo que Guzmán no rehúye ningún aspecto del proceso, en su ejemplar síntesis de un período donde a la esperanza sucedió la tragedia. ■ FERNANDO LARA.

(1) Otra película imprescindible para conocer al Chile de la Unidad Popular y de Pinochet, se proyecta el próximo viernes 9 en Madrid, dentro de la Filmoteca: "La Spirale", de Armand Mattelart, Jacqueline Meppiel y Valérie Mayoux.